

# Oración en la ciudad

ROSANA NAVARRO SÁNCHEZ

*Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá-Colombia)*

Recibido el 28 de junio de 2019

Aceptado el 30 de julio de 2019

RESUMEN: En esta reflexión se realiza una aproximación entre la ciudad como ámbito complejo, plural y lleno de contradicciones y, el ser humano como sujeto de anhelos profundos, como ser llamado a la oración y contemplación en medio de la situación de sequedad, de aridez espiritual, o de extremos contrastes. Desde el presupuesto de la vulnerabilidad y la convicción de ese gran anhelo presente en el interior de todo ser humano, se trata de esclarecer los nexos entre oración y ciudad para identificar así el lugar y el rol del orante en medio de la urbe. Oración y ciudad podrían hacer una buena alianza, oportunidad de recuperación de la humanidad en la ciudad, de reconocer al Dios que habita en la ciudad.

PALABRAS CLAVE: Interioridad, vulnerabilidad, urbe, creyente, humanidad, espiritualidad, contemplación.

## Prayer in the city

*SUMMARY: This reflection attempts to bring together the city as a complex, plural and contradictory reality, and the human person as a subject with deep longings, called to prayer and contemplation in the midst of a situation characterized by dryness, spiritual aridity, or extreme contrasts. Taking as a given human vulnerability and the conviction that there is a great desire present within every person, an effort is made to clarify the links between prayer and urban life, so as to identify the place and the role of the person who prays in*

*the midst of the city. Prayer and the city could establish a good alliance an opportunity to recover humanity in the city and to recognize the God who dwells there.*

*KEY WORDS: Interiority, vulnerability, city, believer, humanity, spirituality, contemplation.*

Ciudad y oración, dos términos que no son fáciles de relacionar hoy en día, más aún cuando pensamos que la comprensión de la espiritualidad en la ciudad se distancia cada vez más del ámbito religioso confesional. En el complejo entramado de la ciudad todo puede invitarnos y a la vez, alejarnos de lo que llamamos ‘oración’. El siglo XXI nos ha llenado de desafíos, ha puesto en entredicho muchas prácticas religiosas, ha puesto incluso en entredicho la religión misma.

¿Qué lugar puede tener hoy la oración? En la denominada “gran urbe”, ciudad posmoderna, lugar de complejidades, de luces y de sombras, espacio del lujo y también, de pobreza e indigencia, de grandes conglomerados y grandes soledades, de triunfos, derrotas y rechazos, ¿aún es posible ponerse de rodillas? Ciudad, lugar de profunda humanidad y fuente de deshumanización. Todo se hace presente en la ciudad.

Desde la realidad del ser humano vulnerable y la convicción de su gran anhelo interior, trataremos de esclarecer algunos nexos entre oración y ciudad para identificar así el lugar y el rol del creyente orante en medio de la urbe.

Hombres y mujeres del siglo XXI, inmersos en el mundo de la imagen digital, conectados y dependientes, víctimas de tecnologías que los atan a ‘objetos inteligentes’, se han olvidado de mirar más allá, de fijarse en los rostros de sus otros, detenerse en el detalle, han olvidado considerar su propia humanidad.

Oración y ciudad podrían hacer una buena alianza, oportunidad de recuperación de la humanidad en la ciudad, de reconocer al Dios que habita en la ciudad.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Expresión de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (Aparecida, mayo 2007) #514 (Bogotá: San Pablo, 2008).

## 1. LA CUESTIÓN DE LA CIUDAD

Hay muchos modos de aproximarse a la ciudad, y muchas más formas de conocerla e intentar comprenderla. En esta breve aproximación se plantearán algunas comprensiones acerca de la ciudad orientadas al propósito de este artículo. No se pretende agotar aquí esta rica reflexión.

### 1.1. La ciudad, ¿qué es?

La ciudad es el modo por el cual el ser humano ha buscado organizarse, agruparse, producir, reunirse, celebrar, crear seguridades en su entorno físico, garantizar una vida en la que todo lo que se requiere esté lo más cerca posible y de la mejor calidad. Al menos, de eso da cuenta la historia que narra la formación de las grandes ciudades como asentamientos, espacios de búsqueda de lo humano, un techo seguro, un lugar donde habitar con otros y compartir la vida. Nace la urbe como construcción y espacio para ser habitado por los seres humanos, para la vida en común. Espacio de realización, de relaciones, de proyectos y tareas. La ciudad es símbolo de la civilización comprendida como nivel de cultura, ciencia, industria y gobierno a los que aspiran las sociedades en movimiento. Sin embargo,

Como todo concepto, desde el punto de vista lingüístico, tiene sus sinónimos y sus opuestos: a ciudad se opone campo y sus derivados (ciudadano a campesino): ámbito urbano ante ámbito rural; como sustantivo, también tiene sus adjetivaciones, ciudad abierta o cerrada; ciudad dormitorio o satélite, circular, infinita o posmoderna; ciudad caída o ciudadela, ciudad vital, moribunda o viviente; ciudad virtual o ciber ciudad; ciudad jardín, verde, lineal, universitaria, hospitalaria, agrícola, industrial; ciudad cultural, empresarial, ciudad hipermercado; ciudad creativa, ciudad perdida, subdesarrollada, campos de refugiados, *excesos de ciudad...*<sup>2</sup>

Por lo anterior, hoy la ciudad además de ser escenario de trabajo, instancia de producción y servicio, de cuidado, de ocio, de celebración y encuentro de diferencias, es también lugar de discriminación,

---

<sup>2</sup> IGNACIO HUSILLOS TAMARIT, OCD, "Recuperar los valores de la ciudad (Acercamiento bibliográfico interdisciplinar)", en *Revista de Espiritualidad* 69 (2010), 393-420, 396.

de hacinamiento, de vicio, de pérdidas, desencuentros, soledades, angustia y mucho dolor. Por lo anterior “la verdad de la ciudad no reposa en ningún plano. Es poliédrica, hija de millones de ojos que la portan y la exportan”<sup>3</sup>.

La ciudad también padece en la carne de quienes a diario mueren en las puertas del hospital, de quienes anhelan compañía en su soledad, de aquellos que morirán de viejos tras las rejas de una cárcel esperando una sentencia justa, de aquellos niños víctimas de abuso, de los emigrantes y desplazados que en su huida han olvidado quiénes son, y, de todas aquellas inhumanidades que suceden cada día. Aun así, “el estado de la cuestión sobre la ciudad está en continuo cambio y renovación. Parece se plantea y replantea a sí misma sin cesar, su identidad y su estructura creciendo sin parar y fagocitando su entorno, en un proceso descontrolado o previsto en planes y proyectos”<sup>4</sup>.

Y, aun así, “las sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como, por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión, no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos”<sup>5</sup>.

## 1.2. Ciudad en ‘tiempos darwinianos’

Según Mike Davis,<sup>6</sup> hoy la ciudad es un lugar de radicalización de las diferencias, un lugar en el que los recién llegados si son pobres o

<sup>3</sup> CONCHA MATEOS, “La comunicación poética y política de la ciudad. Análisis de la ciudad como argumento de información política electoral frente a *las ciudades invisibles* de Ítalo Calvino”. En IGNACIO HUSILLOS TAMARIT, OCD, “Recuperar los valores de la ciudad (Acercamiento bibliográfico interdisciplinar)”, en *Revista de Espiritualidad* 69 (2010), 393-420, 393.

<sup>4</sup> IGNACIO HUSILLOS TAMARIT, OCD, “Recuperar los valores de la ciudad (Acercamiento bibliográfico interdisciplinar)”, en *Revista de Espiritualidad* 69 (2010), 395.

<sup>5</sup> Conferencia Episcopal Latinoamericana. Aparecida, 514.

<sup>6</sup> Escritor, historiador, profesor universitario y activista norteamericano. Fue hijo de un obrero que trabajó en los mataderos, realizó estudios sobre marxismo. Es famoso por sus investigaciones y publicaciones sobre el problema de los impuestos en Los Ángeles, las favelas y, la vida social militarizada con medidas extremas de seguridad. Entre sus obras están: *Ciudades de cuarzo*, *Planeta de ciudades miseria*. Es profesor de historia en la Universidad de California en Riverside. “La alusión que aquí se hace corresponde a la

migrantes, se ven relegados a las periferias cada vez más controladas por grupos dedicados a diferentes tipos de microtráfico<sup>7</sup> y trabajos no legales, sometidos y con grave riesgo para la supervivencia y la de sus familias.

Detrás de todo esto se evidencian modos de marginación. En este sentido, Bauman<sup>8</sup> habla de tres estrategias de ocultamiento o negación del otro que son actualmente vigentes: en primer lugar, la estrategia *émica* que consiste en separarse del otro excluyéndolo; en segundo lugar, la estrategia *fágica* que consiste en querer asimilar al otro sustrayéndole su otredad; y, en tercer lugar, la estrategia que consiste en pretender invisibilizar al otro, haciéndolo desaparecer del mapa mental.

Todo esto permite ver que la vida de cada día evidencia una fragilidad y precariedad. Es inestable. No hay certezas, pues, aunque se quieran imponer, la sociedad líquida se encarga de diluirlas, y las tensiones aumentan en una sociedad cada vez más polarizada y selectiva. “Hemos entrado en el tiempo darwiniano en el que la competición por sobrevivir es cada vez más dura”<sup>9</sup>. El darwinismo quiere hacerse un lugar, pero las fuerzas de uno y otro lado se mantienen en tensión permanente.

Estamos ante un asunto que desdibuja lo humano y, por ende, su dignidad. Así que, más allá de la problemática social, económica o política de la ciudad, subsiste un problema de humanidad: cómo convivir con los otros. Y, ante este problema, ¿la oración puede tener lugar? ¿cómo hablar de oración? ¿cómo vivir la oración?

---

publicación de una entrevista concedida a la revista francesa *Vacarme*: “Temores de la ciudad”, MIKE DAVIS: Entrevista, fecha de consulta, marzo 12 de 2019, <http://old.sinpermiso.info/articulos/ficheros/miked2.pdf>

<sup>7</sup> Drogas, personas, tierras, armas.

<sup>8</sup> “Tipificación del ‘Otro’ en el espaciamento cognitivo de la Modernidad Líquida según Zygmunt Bauman”, FLAVIO BORGHI, en *Revista Astrolabio* n°4 (2007), fecha de consulta, mayo 22 de 2019, <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/243/253>

<sup>9</sup> “Temores de la ciudad”, MIKE DAVIS: Entrevista, fecha de consulta, marzo 12 de 2019, <http://old.sinpermiso.info/articulos/ficheros/miked2.pdf>

## 2. EL CREYENTE Y LA ORACIÓN EN LA CIUDAD

Decir una palabra sobre orar en la ciudad ha supuesto aproximarnos a la comprensión de ciudad al menos desde sus linderos. La complejidad y caos de una ciudad resulta cada día más difícil de abordar, debido a la complejidad y caos de lo humano, a la aparente ausencia o confusión acerca del sentido del otro, del sentido de sí mismo; incluso, del sentido del Misterio.

### 2.1. Creer como presupuesto

Orar es una acción que supone antes otra acción, aquella que consiste en acoger gozosamente la Presencia del Misterio en el corazón, reconocer vivencialmente el dinamismo de eternidad, aceptar la invitación, llamada que está presente en todo ser humano. Esto es creer. Pues el asunto de Dios forma parte de aquello que nos da identidad como seres humanos, es una dimensión que nos constituye, y con la que tarde o temprano nos vamos a encontrar. De modo que “Dios como expresión de la ultimidad de lo real, emerge como problema para el ser humano, en el autodescubrimiento de la propia realidad humana como problema”<sup>10</sup>. En otras palabras, creer es una actitud de vida que implica caer en la cuenta, descubrir conscientemente ese deseo secreto de Dios en el interior, como fuente y fuerza que impulsa a la vida.

Es aceptar y asumir que en el emerger de *lo humano* se evidencia una vivencia compartida en toda la historia: “la experiencia de que *somos conscientes de la trascendencia*, de lo más, lo otro, lo infinito, lo desconocido, el misterio”. Es “reconocer e invocar la Presencia Originante como un Tú que con su provocación convierte nuestra vida en don y tarea”.

Esta actitud en la cual se invierten las intencionalidades de modo radical, y en la que el eje de la relación está más allá de nosotros mismos, que produce un des-centramiento, un salir de sí para poner la confianza en Otro, es apertura a la Realidad, es caer en la cuenta de ese más allá de nosotros mismos en el cual vivimos, nos move-

---

<sup>10</sup> XAVIER ZUBIRI. En, Rosana Navarro S., *Ety Hillesum: Mística y Humanidad*, (Bogotá: PUJ, 2016), 33.

mos y existimos. Es la actitud teologal, el Misterio que nos convoca, es reconocer existencialmente su Presencia<sup>11</sup>.

La fe en consecuencia es un proceso humano que provoca una actitud, una *actitud teologal* que da cuenta de una experiencia que supone hacerse existencialmente consciente de ese secreto deseo de Dios en el alma. Es la conciencia que surge cuando hacemos contacto con la radical precariedad de la condición humana, con esa sugerente insinuación oculta en la propia finitud. Es reconocer que en la conformación de lo humano subsiste una realidad compartida ineludible que nos hace conscientes y susceptibles en relación con lo otro, lo infinito, el misterio.

Esta susceptibilidad en relación con aquello que es fuente y sentido invita a desacomodarse, a descentrarse, a salir de sí como modo de apertura a la 'verdad entrañable'. Es vivir aprendiendo a quitarse de en medio para dejar lugar al 'Tú', para aprender a ser desde Otro. Es reconocer que esa intranquilidad que en ocasiones se apodera del ser humano en medio de la vida, en realidad es una intranquilidad sagrada, un desasosiego detonante de semillas de divinidad en nuestra humanidad.

Esto es creer, es fe teologal, confianza plena, experiencia y fuente de la experiencia espiritual, deseo de ser, anhelo de humanidad total. Creer es así, experiencia profunda de la Realidad, de la Alteridad infinita, de una verdad radical que nos dispone en actitud personal de confianza en Dios, nos abre a lo profundo, a la fuente que a cada ser humano le conduce a conocer y cultivar la propia interioridad.

## 2.2. *Oración e interioridad*

Desde la experiencia consciente de la Presencia del amor, desde el reconocimiento de la gracia, don y tarea, la necesidad de comunión emerge, y la oración echa sus raíces para transformar la mente, el corazón, los sentidos y el cuerpo mismo, e invade todos los ámbitos de la existencia personal y social.

---

<sup>11</sup> ROSANA NAVARRO S, *Etty Hillesum: Mística y Humanidad*, (Bogotá: PUJ, 2016), 33-34.

La oración es deseo de madurar la experiencia de creer, la oración que surge de nuestra fe teológica es un proceso que busca como lo dice la invitación de Enrique de Ossó: “conocerme y conocerte, hacerte siempre conocer y amar”<sup>12</sup>.

Oración e interioridad se pertenecen porque interioridad es hogar de la plegaria, de la alabanza, de la gratitud infinita, del estremecimiento que nos conecta con el Misterio.

Desde la segunda mitad del siglo XX, ha habido un gran interés por el mundo interior, ya Teilhard de Chardin<sup>13</sup> se refería a la necesidad de centrarse sobre sí, descentrarse en el otro para sobre centrarse en el Misterio.

Hoy también puede percibirse ese gran interés en conocer y aproximarse a las sabidurías orientales en la búsqueda de claves para el desarrollo de la interioridad. Algunas ramas de la psicología como la Gestalt también se mueven en esa dirección. El filósofo Emanuel Mounier en su comprensión de la persona reconoce que únicamente desde el silencio e intimidad es posible la realización humana, pues todo ser humano es un adentro que necesita de un afuera, y en esta interacción se mueve y avanza la vida. El desplazamiento hacia la interioridad es un fenómeno emergente en estos tiempos debido a la necesidad de rescatar y visibilizar la esperanza que habita en lo más íntimo de cada ser humano.

No hay otro modo posible de navegar en la interioridad que la oración como deseo de encontrarse con la sabiduría del silencio, como forma de expresar y vivenciar el deseo de conocimiento personal y de conocimiento del Otro. La oración es una práctica que se cultiva desde tiempos muy lejanos y que invita a comunicar. Se expresa en la literatura, el arte, el silencio, el contacto con la naturaleza, la conciencia de la corporeidad que somos, la práctica del culto y la celebración religiosa, el caminar por la ciudad, el encuentro con el otro en

---

<sup>12</sup> ENRIQUE DE OSSÓ, *El cuarto de hora de Oración*, (Barcelona: STJ, 2006). Esta obra fue escrita en 1874 por el fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. En vida del autor tuvo quince ediciones. Y en total ha sido editada cuarenta y seis veces.

<sup>13</sup> TEILHARD DE CHARDIN, *Las direcciones del porvenir*, (Madrid: Taurus, 1973), 104.



la cárcel y en el hospital, en el centro de acogida del emigrante, en el rincón oscuro de la calle donde habita el excluido, y más recientemente, en el modo como podemos relacionarnos desde las mil y una posibilidades que nos ofrece la tecnología, el mundo de las comunicaciones y las redes.

La oración que parte de la interioridad hace consciente al ser humano de una clave fundamental para vivir la vida con sentido. Esto lo descubrió Etty Hillesum<sup>14</sup> en medio de la más dura situación durante la segunda guerra mundial: “No creo que podamos mejorar nada en el mundo exterior, sin haber primero hecho nuestra parte dentro de nosotros. Es la única lección de esta guerra: debemos buscar en nosotros mismos, no en otro lugar”<sup>15</sup>.

La interioridad hace parte de aquello que nos constituye y es el lugar al que nos aproximamos mediante la oración para realizar las preguntas centrales de la existencia: ¿quién soy? ¿qué sentido tiene mi vida? ¿Adónde conducen mis anhelos? La oración en perspectiva de interioridad guía nuestra búsqueda, remueve los propios cimientos, nos desarraiga de la propia tierra para acceder a la comprensión del Ser en nuestro ser, la comprensión del Dios que nos habita y nos llama a vivir.

La oración interior es presupuesto fundamental del encuentro con los otros, y, por tanto, de la nueva comprensión y aproximación a la ciudad. En palabras de San Agustín: “Vuélvete a ti mismo, contéplate, sondéate, examínate,”<sup>16</sup>. “¿Por qué miras alrededor de ti y no vuelves los ojos adentro de ti? Mírate bien por dentro, no salgas fuera de ti mismo”<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> Mujer judía holandesa que ha dejado un diario en el que da cuenta de su rica experiencia espiritual en medio de una situación de búsqueda, deseo de resolución de su caos interior y, de dar sentido a la dura experiencia del dolor en medio de la guerra. Murió en el campo de exterminio de Auschwitz en noviembre de 1943.

<sup>15</sup> ETTY HILLESUM, *The letters and Diaries*, (Toronto: Saint Paul University, 2002), 366. Traducción propia.

<sup>16</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermón* 52,17.

<sup>17</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermón* 145,3.

Esta oración como camino en la interioridad no se comprende separada de la alteridad. El cultivo de la interioridad se ejerce en la mediación de la exterioridad. Así, la ciudad es lugar de interioridades y exterioridades. La ciudad acoge y recoge, pero también lanza y comunica.

Una oración que desee pronunciarse e introducirse en la ciudad en toda su complejidad requiere un nacimiento sencillo y ligado a la raíz de nuestra propia mismidad, lugar de encuentro y experiencia, de conciencia del amor misericordia que se nos dona a cada instante en medio del mundo de la vida. Esta es la garantía del reconocimiento y vivencia espiritual en medio de las calles, los centros comerciales, el hospital, el barrio alto y el barrio bajo, el burdel y la escuela, entre otros muchos rincones en los que lo humano se pronuncia en la ciudad.

### 2.3. Interioridad y vulnerabilidad

Se ha hecho un recorrido en el que para hablar de oración y hacer oración se hace necesario acudir a la actitud previa del orante, la fe, como proceso de afirmación existencial de estar referidos a otro; proceso que afirma y significa la vida como don y tarea. La fe así comprendida es experiencia que conduce a otra experiencia, aquella que descubre que la humanidad que somos es llamada a la profundidad, es necesidad de cultivar, conocer el propio interior. Reconocer la propia interioridad que se hace asequible a través de la oración.

Pero el ser humano no llega generalmente de modo espontáneo e inmediato a reconocer la necesidad de vivir la interioridad. No sería esto posible sin que antes emerja a la conciencia la experiencia de la labilidad, indefensión, vergüenza, en otras palabras, la experiencia de la vulnerabilidad.

La relación interioridad y vulnerabilidad es muy estrecha, pues la conciencia que nos conduce a la fuente interior no deja de mostrarnos la realidad que somos en su total fragilidad. En la tradición judeocristiana el ser humano como identidad encarnada<sup>18</sup> no puede ocultarse al

---

<sup>18</sup> E. LEVINÁS, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, (Salamanca: Sígueme, 1987), 104, 135.

otro, esto pone en evidencia la vulnerabilidad, y con ello, el dolor, el cansancio y la enfermedad.

La vulnerabilidad es una condición propia de todo ser humano, hace parte del fondo mismo de nuestra humanidad; por el hecho de ser humanos, somos vulnerables y por ello, la vida significa crecer y desarrollarse en la conciencia y contingencia propia de la fragilidad, esa susceptibilidad, posibilidad de 'ser heridos'. La vulnerabilidad implica que el ser humano no es la total humanidad, que ser humano es apenas un dato y que humanizarse es la tarea.

Lo inhumano hoy es parte de la realidad de la ciudad, y se presenta de muy diversas formas. Lo inhumano se refiere a todo aquello que no deja que lo humano se desenvuelva. Lo inhumano pone en escena al hombre, a la mujer, al niño como seres 'vulnerados', que como consecuencia de la acción de otro o de sí mismos incluso, se convierten en víctimas de inhumanidad.

¿Cómo comprender ahora la oración en la ciudad? ¿Por qué hablar de vulnerabilidad e interioridad? Como antes se expresó, solo la conciencia de quienes somos, conciencia del anhelo que nos mueve y, de la realidad de limitación y precariedad que nos caracteriza, nos prepara y permite comprender existencialmente que la vida es itinerario que consiste en un progresivo caer en la cuenta de la existencia como relación y, del otro como posibilidad y necesidad. En otras palabras, el descubrimiento de la propia vulnerabilidad es oportunidad para reconocer la vulnerabilidad del otro. La conciencia de la vulnerabilidad e indefensión nos hace seres solidarios, recuperándose el valor de la otredad como parte de la realización de lo humano, del ser humano, de la humanidad.

Sin embargo, el ser humano que evade o que pretende ocultar su propia vulnerabilidad y precariedad, se obsesiona por la seguridad, por garantizar toda protección, por conseguir la eterna juventud, el dinero con el que cree comprarlo todo, y allí, en esa situación, tarde o temprano todo se desmorona. La enfermedad, la ruptura afectiva, el duelo por la pérdida, la guerra, son situaciones que lo derrumban porque no ha podido aún reconocerse en su verdad más honda, y en ella, su única posibilidad: pues la fisura que define la vulnerabilidad es a la vez posibilidad. En otras palabras, utilizando la imagen del muro agrietado que simboliza la vulnerabilidad, a través de su grieta se cue-

la luz que de otro modo no podría manifestarse. Y esto solo se logra con el cultivo de la interioridad a través de la oración. “Antes que conducirnos a la preocupación y obsesión por la seguridad, la vulnerabilidad es el riesgo que hay que asumir, y la posibilidad de nuestra existencia”<sup>19</sup>.

### 3. ORACIÓN: UNA ESPIRITUALIDAD EN CLAVE DE CIUDAD

Desde épocas antiguas grupos de creyentes o creyentes en solitario han buscado refugio fuera de la ciudad para dedicarse a la oración. Así surgió el monacato o la vida eremítica. Más aún, en los tiempos fuertes de la cristiandad se pensaba que a Dios no se le podía encontrar en el bullicio de la calle o en el ajeteo propio de una urbe en movimiento. Además, la ciudad como lugar de la sociedad plural, lugar de libertades, contrastes y excesos, ha sido vista como la representación de los tres enemigos del cristiano: ‘el mundo, el demonio y la carne’ y, por tanto, no era el escenario ideal para el silencio y recogimiento que la oración exige. Mucho menos para llevar una vida de oración.

Sin embargo, la ciudad es inevitablemente el centro de la vida de muchas personas, el lugar donde es posible encontrar todo lo que necesitamos para vivir y también para morir, es espacio privilegiado para la oración. Aunque para orar se suelen buscar ciertas mínimas condiciones: silencio, calma y soledad; condiciones que no son propias de los centros urbanos ni de sus periferias. ¿Cómo entonces lograr hacer que el ruido, el semáforo, el ladrón, el desplazado, el contraste de suciedad y de limpieza, la distracción del centro comercial, sean el ambiente ideal para la oración?

#### 3.1. Orar es observarse y observar en la ciudad

*Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla. Viajaron al sur. Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando. Cuando*

---

<sup>19</sup> ROSANA NAVARRO, *Etty Hillesum: Mística y Humanidad*, (Bogotá: PUJ, 2017), 18.

*el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura. Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre: ¡Ayúdame a mirar!*

*(Eduardo Galeano, El Libro de los Abrazos)*

El caso de este relato de Eduardo Galeano puede servir de referente para establecer la relación entre la oración y la ciudad. El niño no conoce el mar, así como el creyente no conoce los tesoros que la ciudad guarda. Hay un camino por emprender, es el camino de la interioridad, es la oración del fondo del corazón, del silencio que escucha, de la palabra sagrada que se pronuncia en medio del agite cotidiano. Es el camino paciente que día a día recorre el creyente y, cuyo centro es la oración. “Después de mucho caminar”, nos dice el relato, pues el camino del orante requiere tiempo, muchos pasos y cansancios.

Orar es observarse, es detenerse antes de continuar, es reconocerse don para, después hacerse don. Primero observarse, primero conocerse, descubrir en el recinto profundo del ser, al Dios habitando la profundidad que Él nos hace ser.

En este ejercicio es muy importante la curiosidad y el deseo de conocer, de dejarse llevar por quien conoce e invita al movimiento. Dejarse sorprender, olvidarse de lo conocido y de sus formas para abrirse a otra realidad y otro modo, abrirse al silencio para dejarse impregnar de lo que de allí surge.

La experiencia itinerante de la oración del creyente es experiencia en camino, que durante el trayecto puede mirar, pero que no ve lo suficiente. Incluso en el punto de llegada, cuando toda la realidad está delante, se acentúa la sensación de ‘no ver’. Allí se comprende la exclamación *¡Ayúdame a mirar!*

La ciudad nos acoge, en ella acontece la experiencia del trabajo, de la celebración, también de la enfermedad. Y en ella tiene lugar la experiencia de tantos otros que día a día luchan por un trozo de pan, o por ganarse el derecho a un espacio donde dormir, o la experiencia de aquellos que engehecidos por la ambición desfallecen ante la posibi-

lidad del dinero fácil sin importar su procedencia o, lo que sea preciso hacer para conseguirlo.

En estas circunstancias acontece la oración del creyente no siempre consciente, a veces incapaz de observar y ver más allá. “Ayúdame a mirar”, a contemplar en los rincones de la gran ciudad la Presencia Infinita de Misterio, que se encarna en cada ser humano, y que está presente en medio de su dolor, de su odio, o de su ambición desmedida.

Para orar en la ciudad es preciso reconocer que no se conoce, aunque vivamos en ella, aunque se recorran todas sus calles y por años se haya vivido en ella. Empezar el camino que lleva a conocerla es la tarea. Para este camino orante valen los amigos, los hermanos que ya lo han recorrido, o que nos llevan alguna ventaja. Ellos pueden evitarnos el tropezón, efecto del no conocer.

Las realidades sociales de una ciudad son complejas, son inmensas y en ocasiones nos desbordan y provocan confusión al no saber exactamente qué observar, cómo orar, qué contemplar. En estas circunstancias es preciso someter los propios intereses, los propios deseos, a los deseos e intereses de los que allí habitan. Es el mejor modo de caminar, de ir descubriendo la realidad. Solo así estamos preparados para observar en la ciudad. Es la identificación con el otro para reconocerle en su situación, es un momento preparatorio previo a la ‘misericordia’. Es inclinar la propia vulnerabilidad para hacerse una con la vulnerabilidad del otro.

### *3.2. El reencuentro con la ciudad desde la vulnerabilidad*

En el recorrido realizado hasta aquí resulta claro, al menos conceptualmente que la relación entre oración y ciudad nos remite a lo humano, eso humano que somos, eso humano que observamos impotentes deshacerse en los bordes feroces y ajenos de la ciudad. La realidad de lo humano que se deshace y, entonces se rehace cada día cuando la oración cotidiana se injerta en la vida que fluye, cuando la contemplación de la escena de angustia o de dolor se transforma en gestos que acompañan, manos que acarician, miradas que sanan, palabras que denuncian y liberan.

El reencuentro con la ciudad desde la propia vulnerabilidad es hacer conciencia de cómo ordinariamente nos hacemos la idea del mundo que se tiene delante, es ser capaz de disponer lo mejor, para ver y descubrir lo humano comenzando con la propia interioridad. Reconocer el modo en que solemos ver las cosas, y estar dispuestos a darle la vuelta, aprender a verlo todo en la apertura y disposición al modo como los otros lo ven, aunque en ocasiones dicho modo responda a otra cultura, a otra manera, a otras percepciones. Porque ser orante en la ciudad es tener la mente y el corazón abierto a la diferencia, a la diversidad, es hacer del corazón un lugar de acogida, de respeto, de aceptación, aunque no siempre se pueda estar de acuerdo con lo que se observa.

Orar en la ciudad es contemplarla desde la vulnerabilidad, es contemplarse a uno mismo en la total indefensión, es descubrir en la propia fisura el abrazo que se cuele y rescata, es llorar de impotencia y sentir el consuelo de hacerse 'bálsamo sobre las heridas'<sup>20</sup>.

Contemplar la ciudad vulnerable y vulnerada es reconocer al Dios también impotente, Dios sufriente en cada rostro, en cada acto de violencia e injusticia, es evitar huir, desear quedarse, escuchar, ver, gustar, hasta vivir la experiencia de ser las manos y el abrazo de Dios en medio de la urbe hasta llegar a decir en la oración:

No parece haber mucho que Tú mismo puedas hacer respecto a nuestras circunstancias, a nuestras vidas. Tampoco te hago responsable. Tú no puedes ayudarnos, somos nosotros quienes debemos ayudarte y defender así tu morada dentro de nosotros hasta el final<sup>21</sup>.

Porque la ciudad, ese gran conglomerado humano mal distribuido, repartido entre construcciones de concreto, de lata o de cartón, es espacio de construcción de humanidad, de recuperación del tesoro que lleva cada uno en su corazón. La ciudad es oportunidad privilegiada

---

<sup>20</sup> Expresión de Etty Hillesum, plenamente identificada y solidarizada con el dolor de su pueblo judío, de su gente, en el rostro sufriente de cada uno. Son las últimas palabras de su diario.

<sup>21</sup> ETTY HILLESUM, *The letters and Diaries*, (Toronto: Saint Paul University, 2002), 488-489.

de encuentro que anima, es oración hecha vida. Porque no hay otro modo de ser orante en la ciudad.

### *3.3. Orante en la ciudad en los tiempos actuales*

Puesto que, como se señalaba al comienzo, uno de los rasgos que se evidencia más fuertemente en la sociedad actual es ese progresivo olvido de lo institucional religioso y de una serie de prácticas que algunos denominan ‘momificadas’; la relación oración y ciudad hoy se convierte en un asunto que supera algunos presupuestos y límites de la estructura eclesial para instalarse como un modo de observar, ver y vivir en medio de la urbe, un asunto que acontece en y desde la experiencia espiritual como realidad emergente, como esa manera de asumir, comprender y actuar desde dentro y desde el fondo, la dimensión trascendente de nuestra existencia.

En otras palabras, estamos pasando de una relación con un ‘Tú’ lejano, eterno y absoluto que determina desde fuera nuestras vidas, a un nuevo modo de relación que mira hacia dentro de sí, que reconoce como único camino, el despojo, el descentramiento, que provoca la transparencia del ser, que hace que la trascendencia brote<sup>22</sup>.

Para quienes afirmamos nuestra experiencia de fe en Cristo, desde la propuesta e invitación explícita del Evangelio, esta realidad emergente, en realidad es nueva comprensión y significación de aquello que Jesús hizo y dijo: la oración es experiencia profunda de Dios que es Padre, experiencia que exige ‘retirarse’ a buscar el silencio, recogerse en lo secreto para tomar conciencia y dejarse invadir por el amor. Solo así puede vivirse con intensidad la urgencia interior de ‘dar lo mejor de sí’, de convertir la plegaria y la alabanza en mano que se extiende, en abrazo, en pan, en misericordia, en proximidad al que sufre.

Y este modo de orar y de vivir la fe, ¿cómo se articula con la ciudad? En sentido figurado la ciudad es crisol, es el lugar en que se produce la fusión de culturas, de modos, de creencias, estilos, tenden-

---

<sup>22</sup> Cfr. JUAN MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, (Madrid: PPC, 1996), 77-78.



cias, también en este caso, la ciudad es crisol de espiritualidades o modos de vivir la vida según el Espíritu o al margen del Espíritu.

Así, en la ciudad todo cabe, aunque no todo la hace crecer como ciudad. El creyente de hoy en su oración es consciente de esta diversidad, su propia experiencia del Amor Mayor le ha hecho, o le hará ‘ver’ que no puede existir una única vía que conduzca a la fraternidad, que la diversidad y pluralidad de una ciudad demanda diversidad y pluralidad en los modos de aproximarse a ella. Que la auténtica oración pasa por la vía del ecumenismo, del diálogo, del encuentro y respeto de lo distinto. Que lo único no negociable es la prioridad del amor, de la acogida, del perdón.

### 3.4. *Contemplar en la cotidianidad para humanizar en la ciudad*

Ser orante en la ciudad pasa también por la experiencia de contemplar, puesto que contemplar es un modo de hacer experiencia de la unión con Dios, es reconocer en el fondo de las cosas y de las criaturas la transparencia de su sello divino. En este caso, el lenguaje de la ciudad es un modo de aproximación a la experiencia de Dios, porque “entre los pucheros anda el Señor”, porque es preciso descubrirlo y desenterrarlo de los corazones<sup>23</sup>, porque la ciudad es un modo de recordar que al contemplar el ser humano se descentra, que contemplar es recogerse en devoción y prepararse para amar sin medida en medio de las circunstancias hasta llegar a decir: “Amo a las personas tan profundamente, porque en cada ser humano amo algo de Ti. Y te busco por todas partes en ellos y a menudo encuentro algo de ti”<sup>24</sup>.

Seguendo a Aparecida, la encíclica *Evangelii Gaudium* invita a detenerse, a reconocerse en la ciudad “desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas”<sup>25</sup>.

Orar contemplativamente en la ciudad es un ‘modo de leer en el libro de la vida’. Es superar el rezo para hacerlo vida, es conmovirse,

---

<sup>23</sup> Según expresión de Etty Hillesum.

<sup>24</sup> ETTY HILLESUM, *The letters and Diaries*, (Toronto: Saint Paul University, 2002), 514.

<sup>25</sup> E.G., 71.

es reconocerse y reconocer a Dios amando. Sin embargo, cuando no hay claridad, cuando no se ve el camino, cuando incluso, ni el conocimiento ni los libros permiten comprender, muy orientadoras resultan estas palabras de Teresa de Lisieux: "...a veces viene a consolarme una frase como la que me he encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): 'Este es el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del amor'<sup>26</sup>. Contemplar es amar, esta es la ciencia del amor, esta es la oración que estamos llamados a hacer en la ciudad. Para de este modo descubrir que:

Vivir de amor, aquí sobre la tierra,  
no es instalar mi tienda en Tabor;  
¡es subir con Jesús hasta el Calvario  
y abrazar de su cruz la gran razón...!

Vivir de amor es darse sin medida,  
sin reclamar salario aquí en la tierra.  
yo doy sin llevar cuentas, ¡muy segura  
de que en amor el cálculo no entra...!  
Lo he dado todo al Corazón divino,  
pura ternura...; así, ligera voy  
sin más carga que mi única esperanza:  
vivir de amor<sup>27</sup>.

## CONCLUSIÓN

El desarrollo de este ejercicio reflexivo y orante ha permitido poner a la luz presupuestos que, desde algunos aportes de la antropología teológica, de la teología espiritual y desde los dinamismos propios de la ciudad, resultan centrales para identificar rasgos y desafíos que

<sup>26</sup> TERESA DE LISIEUX, *Obras Completas*, (Burgos: Monte Carmelo, 2ª edición 1997), Ms B, 1r.

<sup>27</sup> TERESA DE LISIEUX, *Obras Completas*, (Burgos: Monte Carmelo, 2ª edición, 1997), Poesía 32, párrafos 4 y 5.

se plantean hoy al creyente que en actitud de oración se sumerge en la ciudad.

Hemos realizado una aproximación al asunto de la ciudad, conglomerado, escenario, instancia de multiplicidades y complejidades, lugar, en fin, del 'bien estar' y del 'mal estar' de hombres y mujeres que la habitan, la explotan, la padecen, la maltratan, la ignoran, la buscan, la disfrutan, la silencian.

Luego, centrándonos en el ser humano, se han presentado algunos presupuestos que desde la experiencia vital humana se hacen importantes y necesarios para abordar la oración y, en este caso, la oración en la ciudad. El asunto central del 'creer' como presupuesto fundamental, actitud vital, reflejo de la adhesión existencial a un Otro mayor que envuelve y sostiene la vida, que es sentido, que se regala como don que es amor.

De la experiencia consciente del creer, de esa actitud teologal que es conciencia, experiencia del dinamismo profundo, brota la necesidad de la búsqueda del ser humano, de la profundidad, de la mirada interior, del conocimiento de sí, del descubrimiento progresivo de estar habitado y la necesidad de dejarse habitar. Es la interioridad que en estrecho vínculo con la oración la provee de significado, de hondura y sentido.

La necesidad humana de creer, de orar, se afianza en el descubrimiento experiencial de la propia e ineludible vulnerabilidad. El ser humano es vulnerable, la ciudad es vulnerable. En las fracturas de la ciudad se reconoce la fisura existencial humana, el requerimiento de lo Otro, lo profundo, el Misterio que sostiene y significa.

De modo que, orar en la ciudad es observarse y observar, es detenerse, reconocerse a sí mismo como camino y, a la vez detenerse ante el otro y reconocerle. Es contemplar desde la vulnerabilidad, estremeciéndose con la vulnerabilidad del otro. Es ver en la ciudad la oportunidad de ser y realizar nuestra condición humana, humanizarnos.